

NÉMESIS

Juan Miguel Aguilera

&

Javier Redal

1

2062 d. C.

Las grandes ruedas balón del todoterreno traqueteaban y oscilaban sobre el accidentado suelo marciano. Los faros halógenos no lograban taladrar el muro de polvo naranja que el viento arrojaba contra ellos; al contrario, la luz reflejada en las partículas de polvo les impedía ver más allá de unos pocos metros. El vehículo parecía encerrado en una burbuja de aire polvoriento y opaco. A través de las paredes, los ocupantes podían oír el roce de la arena sobre la carrocería y el crujido de la grava bajo las ruedas; pero la tormenta, que en la Tierra estaría acompañada de un aullido ensordecedor, era casi inaudible en la tenue atmósfera de Marte.

—Hola, Olympus. ¿Me oyes? —dijo el padre Rudy Stöur, mientras contemplaba el inquietante espectáculo de aquel huracán mudo de polvo y arena abatiéndose contra el parabrisas del vehículo.

—Te oímos, transporte —dijo una voz en ruso. Era Vladimir Kaledin, transmitiendo desde la estación meteorológica en la cima del Elysium Mons.

Stöur se imaginó al meteorólogo sorbiendo una de sus interminables tazas de té, examinando gráficos e impresos, mientras a doce kilómetros y medio por debajo de la estación se extendía la gran llanura de lava que era Elysium Planitia.

—¿Cómo marcha la tormenta, Volodia?

—Tiene un aspecto bastante feo, padrecito. Desde la órbita no se ve ni un solo claro. Vientos de fuerza diez, sin signos de cambio por todo el planeta.

—Malas noticias.

—Lo siento, padrecito, no hay otras.

—Gracias. Cambio y fuera.

—Esto es una completa locura —dijo el padre Javier Nero mientras conducía—. Reza por todos nosotros, Rudy, porque lo más seguro es que desaparezcamos por una grieta en los próximos minutos.

—¿Qué dice el radar?

—Que hay un cráter de quinientos metros de alto, a un kilómetro al oeste. Podríamos resguardarnos a sotavento...

Rudy Stöur se rascó la barba mientras meditaba. Joven, melencólico. Sobre su aspecto había división de opiniones, a unos les recordaba a Jesucristo y a otros al Che.

—¿Es eso seguro? —preguntó.

—Es un riesgo menor.

—¿Debo informar a nuestro pasajero?

El padre Javier dudó un momento.

—Supongo que debería saberlo... De acuerdo, ve.

Stöur se puso en pie con cuidado y se dirigió a la parte posterior de la caja, sorteando los pesados embalajes con comida y equipo. A la pálida luz de un generador de emergencia, un jesuita vestido con un chándal gris consultaba una serie de fotografías de satélite y mapas cartográficos, extendidos en la pantalla de su pad.

—Padre Jacobo... —dijo Stöur.

El aludido levantó la cabeza de sus papeles y lo miró con frialdad. Tenía un cráneo trapezoidal de frente estrecha y mandíbulas anchas, calvo en su mayor parte, salvo un angosto semicírculo de mechones color arena en torno a la nuca. Sus ojos, diminutos, grises, con un marcado estrabismo, se entrecerraron debajo de los prominentes arcos superciliares. Desnudo, con un taparrabos de piel y una garrota en la mano, sería la tópica imagen de un Neandertal. Y, desde luego, nadie lo catalogaría en un primer vistazo como uno de los hombres más inteligentes —y para muchos el más molesto—, de su siglo. Pero todos los que juzgaban a Jacobo Kramer por su aspecto se arrepentían tarde o temprano.

—¿Sucede algo, padre Stöur? ¿Algo en lo que yo pueda ayudar? —Su voz era suave, calculadamente cortés.

—Hay visibilidad cero y avanzamos sobre terreno desconocido.

—¿No tienen GPS? ¿Radar? ¿Mapas? Me sorprende, padre. —Su «sorpresa» estaba teñida de ironía—. Me temo que en esas cuestiones no puedo serle útil.

—Tenemos todo eso, padre, aunque ninguna de las tres cosas nos advierten de una posible grieta de cuatro o cinco metros de ancho, en la que cabríamos enteritos. Esto es «terreno caótico», lo peor que hay en Marte para este tipo de vehículos.

—Entiendo. ¿Y qué van a hacer ustedes?

—Por lo pronto, resguardarnos del viento detrás de un cráter.

El padre Jacobo agitó su mano, negando.

—No. No me gusta esa idea. Seremos sepultados poco a poco en el polvo.

—Poco a poco. Podemos salir con palas a despejar el terreno. Así podremos esperar a que amaine la tormenta.

—Sin duda usted bromea —dijo Jacobo con la mirada fija—. Esta tormenta cubre Marte de polo a polo. No se trata de un fenómeno local, lleva ya diez semanas en marcha. Se dice que es la mayor tormenta de polvo desde que tenemos meteosats en Marte. La madre de todas las tormentas de polvo, vamos. ¿Sugiere que aguardemos sentados sobre nuestros traseros otras diez semanas, sin otra diversión que desenterrar nuestro vehículo de vez en cuando?

—Más o menos, ese es el plan.

El padre Jacobo entrecerró aún más los ojos.

—¿El plan? ¿He oído bien? ¿Ignora que yo soy el jefe de esta misión?

El padre Stöur sonrió con frialdad. ¿Qué diría Jacobo si supiera que las cosas eran muy diferentes a como imaginaba? La Santa Sede lo había enviado allí para vigilarlo y controlarlo. De acuerdo con su criterio podía asumir el mando en cualquier momento de la misión. No obstante, prefirió seguir manteniendo la fábula.

—No lo ignoro. Ni el padre Javier tampoco, que es quien está al mando del vehículo. Lo que, por cierto, le confiere la autoridad del comandante de un barco.

—Ya veo. ¿Cree que su autoridad durará mucho cuando informe de su desobediencia? Me parece que no volverán a conducir nada más complicado que una carretilla.

—Es posible que no, padre. Pero el padre Javier y yo preferimos ser conductores de carretilla vivos, a héroes muertos y deshidratados en una grieta marciana.

Jacobo se encogió de hombros.

—Como quiera. Pero admita al menos que es su incompetencia y no otra cosa la nos hará perder un tiempo valiosísimo.

Rudy Stöur necesitó echar mano a todo su autocontrol.

—Permítame recordarle que tanto el padre Javier como yo le desaconsejamos viajar en estas condiciones.

Su interlocutor volvió a sonreír venenosamente.

—Nadie, ni los meteorólogos de Nueva Marina supieron predecir que el tiempo iba a empeorar de este modo. Y, como comprenderá, después del largo e incómodo viaje desde la Tierra no iba a quedarme con los brazos cruzados esperando que la situación mejorase. Así que si quieren quejarse, adelante, redacten un informe por triplicado y mándenlo al Vaticano. A mí me importa un bledo. Ahora déjeme trabajar en paz.

Para sus adentros, el padre Stöur pidió perdón al Altísimo por los pensamientos violentos que Jacobo acababa de provocarle, y regresó a la cabina.

—Ese hombre no tiene remedio —refunfuñó en voz baja.

El vehículo se detuvo y cesó el susurro de la arena sobre la carrocería. Los religiosos examinaron el exterior por una portilla. Se hallaban resguardados en la zona de aire en calma tras el obstáculo. Como siempre, el padre Javier se sorprendió al ver caer las partículas de polvo del cielo, reflejándose en los haces de luz de los faros. A pesar de la baja gravedad marciana, los granos de polvo se posaban con la rapidez de un puñado de perdigones, la tenuidad de la atmósfera impedía que las partículas más gruesas se mantuvieran suspendidas. Era una lluvia incesante de arena que poco a poco se iba amontonando sobre ellos.

Al anochecer, la temperatura exterior bajó a 120 Kelvin y las rocas se cubrieron de escarcha. La atmósfera marciana era seca en términos absolutos, pero el intenso frío hacía que estuviera al borde de la saturación. Un pequeño descenso de temperatura bastaba para que el escaso vapor de agua se sublimara en hielo sin pasar por el estado líquido. Al amanecer, el calor del

sol lo evaporaría y la escarcha desaparecería como por ensalmo, pero de momento el hielo estaba apelmazando el polvo que formaba ya un compacto caparazón sobre ellos.

Javier Nero se puso un traje espacial y salió con una pala para comprobar si era tan fácil despejar el terreno como le habían dicho a Jacobo. La visibilidad era tan reducida como antes. Los granos de polvo actuaban como núcleos de condensación del hielo, que brillaban a la luz de los faros como finísimos copos de nieve de un color blanco amarillento.

Atacó con la pala el caparazón de hielo y polvo, y con paciencia y tenacidad limpió la parte superior del vehículo. Javier era jesuita hasta los tuétanos, tanto que se decía que su cabeza podría servir de modelo para un busto de Ignacio de Loyola.

Todas las colonias que las diferentes naciones de la Tierra habían instalado en Marte fracasaron tarde o temprano. Solo los jesuitas permanecían imbatibles en aquel mundo desolado. Como tantas veces en el pasado, los jesuitas estaban dispuestos a soportar lo indecible para llevar a término su propósito. Ningún sacrificio, ninguna incomodidad o peligro podía disuadir a los miembros de aquella orden en el que se combinaban a la perfección la abnegación de la fe y la tenacidad militar. Se apoyó en la pala, pensando en su pasajero. Abnegación y tenacidad, sí. Eso nadie se lo podía negar a Jacobo Kramer, el famoso arqueólogo jesuita, pero estas virtudes de la orden parecían combinarse en él de un modo decididamente negativo, insolente y casi insufrible. Antes de regresar al interior del vehículo, rogó al santo y paciente Job que les echara una mano para seguir aguantando las impertinencias del padre Jacobo.

Tras la cena pareció suavizarse su mezquino temperamento. En realidad, apenas probó bocado. Eso sí, bebió un vaso tras otro de «rusos blancos», cargadísimos de vodka, como le gustaban a él. Más tarde, y después de empezar la segunda botella de Kahlúa y prepararse un nuevo vaso del brebaje etílico, Jacobo estuvo más hablador.

A una pregunta del padre Stöur respondió:

—¿Que qué eshero encontrar? ¡Oh, sanc-ta sim-pli-plicitas! —dijo con voz estropajosa—. ¡Arqueología, muchacho! Ar. Que. O. Lo. Gí. A.

Dio puñetazos en la mesa a cada sílaba. Stöur y Nero se miraron y sonrieron. La dipsomanía de Jacobo era casi legendaria.

—¿En Marte? —preguntó Javier Nero—. Esto es absurdo, padre. Jamás hubo vida aquí. Este planeta está tan seco como... bueno, como un hueso.

Recién pronunciado, se dio cuenta de lo poco adecuado de su metáfora. Huesos significan vida. Jacobo también se dio cuenta, a juzgar por su sonrisa burlona.

—Seamos realistas —insistió Javier Nero—. Llevamos un siglo de exploraciones tripuladas y treinta años aquí, en persona. Nadie ha encontrado jamás pruebas de que alguna vez hubiera vida en Marte. ¿Qué le hace pensar que ahora va a ser diferente?

—Porque ahora eshtoy yo aquí. —El padre Jacobo se señaló con el pulgar—. Yo eshploré las ruinas de los sabeos y las culturas preishlámicas de Arabia... Y desh cubrí los oh-orrp-rígenes del culto de Yahveh —añadió con pendenciera arrogancia.

Sus labios manchados de leche se curvaron en un gesto que podía ser tanto una sonrisa como una mueca de desprecio.

—¿Les sorprende? Encontré pruebas de que Yahveh era adorado como dios del trueno en-tre los ca-aaaa-naneos m-meridionales, mucho antes de Abraham. Su culto combrendía ritos que luego se prohibieron en el Levítico. Mis describi... describi... des-cubri-mientos arrojan lush sobre los oorígenes del j-judaísmo y las creencias religiosas anteriores a la ca-uuutividad de Ba-bi-lonia y aun a la eshistencia de la Biblia... Shí, estoy acoshtumbrado atrabajar en un entorno hostil. ¡En el centro mismo de Islam! Mis inveshtigaciones sobre el origen preisláaa-mi-co de ciertas Su-u-u-ras del Corán me atrajeron también el odio de los mu-sul-ma-nesh, y fue la cau-sa de ess-sa fatwa que han lanzza-do contra mí... P-pero no quiero hablar de ess-se assun-to ahora.

Stöur consideró que aquella habilidad del padre Jacobo para hacerse enemigos era la causa de su propia presencia allí, trasladado por el Vaticano con carácter de urgencia. Si hubiera trabajado en la India, pensó, probablemente habría demostrado que Buda era griego. Dijo con calma:

—Pronto descubrirá que Marte es un entorno infinitamente más hostil que todo cuanto haya podido conocer hasta el momento.

El padre Jacobo dejó su copa sobre la mesa, fulminando a sus compañeros con la mirada. Hubo un tenso silencio. Se encogió de hombros.

—Lo lamento, tovarishi —suspiró—. Todos debemos cumplir nuestros deberes para mayor gloria del Al-tí-si-mo. Cada uno debe arrastrar su crush, como hizo el Señor. Ahora les ha tocado a ustedes la crush de estar a mis órdenesssh.

Bostezó y se dirigió tambaleante hacia su litera en la parte posterior.

—Me voy a dormir. Hagan el favor de abagar la lush al shalir.

Durante un instante el padre Javier y el padre Rudy se miraron en silencio.

—Menudo elemento nos han asignado —dijo Javier al fin.

Una semana más tarde, cesó la tormenta y reanudaron la marcha.

Tres semanas más tarde, llegaron sin más incidentes a un lugar situado a 15 grados latitud norte, 198 grados longitud oeste, en la planicie de Elysium.

Y cuatro semanas más tarde, el padre Jacobo exclamó triunfal:

—¡¡Schliemann, te he superado!!

El helicóptero volaba a ciento veinte metros sobre la superficie del océano. Las olas saltaban hacia él como si quisieran atraparlo. Los dos hombres y la mujer que formaban el equipo de buceo esperaban, sentados en unos bancos laterales.

Ella se llamaba Susana Sprintze, estaba acurrucada en su asiento, abrazaba sus rodillas, y parecía absolutamente indiferente a todo.

—¿Algún rastro de nuestro amigo? —preguntó el piloto por el interfono.

Uno de los buceadores volvió la cabeza, apartando por un momento los ojos de la pantalla del sonar aire-agua.

—Casi lo pierdo, pero aún sigue ahí —dijo—. A unos setenta metros al sur de nuestra vertical... —precisó— ahora va hacia el sureste.

El aparato viró levemente a babor.

—Ese delfín zigzaguea como si estuviera borracho —comentó el piloto—; no lo pierdas, Karl, o nos va a dar un trabajo de mil demonios volverlo a encontrar.

—Descuida.

—Está asustado —dijo Susana.

Se sentía incómoda con aquellos nuevos trajes de fluopreno. Aún no se había acostumbrado a ellos, sudaba y le picaba todo el cuerpo. Sintió un fuerte deseo de sumergirse. Confiaba en que el piloto los acercase lo suficiente al animal.

Susana era de origen sefardí. El pelo rojizo, muy corto, delgada, pequeña de cuerpo, pero de brazos y piernas musculados. No parecía tener ni un gramo de grasa superflua. Su rostro hubiera sido bonito, de no estar siempre fruncido. Apenas se había movido desde que subió a bordo.

—No creo —dijo Karl—. Estamos demasiado alto para...

—Está asustado —repitió Susana sin mirarlo a los ojos—. Un delfín solitario no tiene sentido. Algo le ha debido separar del resto de su cardumen. Está desorientado y tratará de meterse mar adentro. Si se sumerge más, lo perderemos.

—Susana estará en lo cierto —dijo el otro buceador, un joven mexitexano llamado Lucas—. A fin de cuentas, ella es la experta.

—¿Qué fondo tenemos? —preguntó la mujer.

—Unos setenta y cinco metros —dijo Karl, siempre mirando la pantalla del sonar—. Si tienes razón, puede que se confíe si no nos ve. Deberíamos subir más.

—Tengo razón —dijo Susana, siempre atenta a todo cuanto la rodeaba, y al mismo tiempo siempre distante.

—Pero entonces lo perderemos —objetó.

—A esta profundidad, ya deberíamos verlo con la cámara de infrarrojos.

—¡Ahí está! —exclamó Karl señalando el monitor.

Susana se asomó a la ventanilla. El agua era azul verdosa y seguía muy picada, pero se distinguía una figura fusiforme y oscura, que se deslizaba con apenas unos movimientos de la cola. Estaba casi a ras de las olas. De vez en cuando rompía la superficie, quizá para tomar aire.

—Descendamos —propuso Karl.

—No —dijo ella.

—¿No, por qué?

—Sería peor. Lo asustaremos aún más. Yo saltaré con paracaídas y lo tranquilizaré. Dadme un cuarto de hora, luego bajad.

—¿Crees que es el mejor modo de capturarlo? —dudó Karl.

Susana se volvió hacia él con vivacidad.

—¡No hemos venido a capturarlo!

Los responsables de la Zhongchuang Ltd. habían construido lo que llamaban «residencias». Habían cerrado varias caletas artificiales con redes antisubmarinas de acero y allí instalaban a los delfines. A Susana no le agradaba la idea de encerrarlos como a bestias, pero comprendía que en un océano tan expoliado por la pesca high-tech, convertido en un laberinto de redes y trampas mortales para un delfín, tendrían más posibilidades de sobrevivir en aquellas residencias.

—Pero no tenemos paracaídas —dijo el mexitexano.

—Yo sí —dijo Susana. Se dirigió a la trasera de la cabina, donde habían amontonado el equipo. Buscó y encontró un paquete con un arnés.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Sí. He hecho parapente desde los acantilados. No hay peligro.

—Pero... Bueno, te ayudaremos con el equipo.

Con no pocas contorsiones, se colocó el paracaídas, el impulsor, las botellas de gas, el cinturón de plomo, las aletas y la máscara. Parecía una mezcla de extraterrestre y árbol de Navidad. La ayudaron a llegar hasta la portezuela y Karl la abrió.

—Recuerda —casi aulló contra el ventarrón—. Aguarda quince segundos, hasta que estés fuera del viento del rotor. ¡Suerte!

Susana asintió. Dio un paso fuera y saltó; descendió como un proyectil, y al poco tiempo se abrió el paracaídas.

Suspendida entre el cielo y el mar, volando sin más ayuda que sus ojos, cerebro y músculos, se sentía a sus anchas. El paracaídas tenía un elevado coeficiente de planeo, casi como un ala delta. El delfín era claramente visible, allá abajo entre sus pies. Trazó un amplio círculo en torno a él mientras bajaba.

El helicóptero era un abejorro zumbante que se alejaba y descendía. Sin duda luego se aproximarían a ras de las olas. Ni por un momento temió que no pudieran encontrarla. El paracaídas era de un vivo color naranja; y, después de todo, ella se sentía más segura en el mar. Los delfines podrían ayudarla a llegar a tierra.

La superficie ya estaba cerca y se preparó para el impacto, la barbilla contra el pecho, las piernas flexionadas. Chocó contra el agua y soltó el pasador del paracaídas. El pequeño motor que llevaba a la espalda la impulsó mientras se sumergía. Pero el delfín no estaba a la vista. Se sacó la boquilla y se liberó del pequeño respirador de oxihelio. Buceando ahora libremente, llevó a sus labios el silbato que ella misma había diseñado y del que nunca se separaba, y emitió una melodía: Soy amigo.

Oyó un débil clic-clic-clic... como respuesta. El delfín la estaba examinando. Emitía frecuencias sónicas y ultrasónicas, procesando rápidamente los ecos para obtener imágenes acústicas, incluso del interior de su cuerpo.

No se movió. Silbó de nuevo: Amigo. Buen-alimento.

Vio moverse algo en la distancia azul, casi invisible. Abrió una bolsa que llevaba sujeta al muslo y sacó unas galletas de soja y maíz con sabor a pescado, una receta de creación propia. Silbó: Buen-alimento. Ven. No te muerdo.

Una sucesión de silbidos: ¿Tú Nadadora de Dos Colas en el Arrecife?

Susana sintió una gran alegría. El delfín la había reconocido.

—Soy yo. ¿Nombre-firma tuyo?

El delfín contestó: Buceador en la Pleamar. La Cosa Que Vuela me persigue.

Dijo todo esto con un único y largo silbido modulado, que contenía su nombre-firma y el resto de la información. La posición de su cuerpo, mientras nadaba, decía más cosas, referentes a sus lazos de parentesco y situación sexual.

Susana ignoró toda la información extra y silbó:

—Las aguas son seguras. La Cosa Que Vuela es amiga de Nadadora.

El delfín permaneció un momento como dudando. Ella oyó un chapoteo sobre su cabeza. «Mierda», se dijo, ahora que por fin estaba obteniendo resultados.

—Nadadores de Dos Colas, amigos de Nadadora. Si vienes, te daré alimento.

Los delfines siempre tienen problemas con los condicionales, pero el cetáceo se acercó velozmente y se detuvo a pocos metros de su brazo, frenando sin aparente esfuerzo. Su morro, bien provisto de dientes, mordió las galletas y se las zampó en un periquete. Susana le palmeó el lomo para tranquilizarlo: Todo está bien, ahora.

—¿Sabe a pescado y no es pescado?

—Come. Es bueno. —Susana le entregó otra galleta.

Sus compañeros los rodearon, pero se mantuvieron a distancia. Susana emprendió la tarea de persuadir al delfín para que fuera con ellos. Karl intentó ayudarla con un sintetizador de sonidos, pero ella hizo señas negativas. El acento de aquel cacharro lo desconcertaría. Lucas había preguntado si no sería mejor un dardo anestésico, pero Susana se negó en redondo. Los músculos respiratorios de los delfines son voluntarios y el anestésico podría matarlo por asfixia. Estaban preparados para evitarlo mediante el equipo de respiración asistida, pero ella no quería correr ese riesgo.

—¿Dónde está su equipo de buceo? —le preguntó Lucas.

—Lo perdí —dijo ella.

Entre los tres bajaron un tanque de plástico plegable, en el que acomodaron al delfín. El helicóptero lo izó y emprendieron el viaje de vuelta. Susana silbaba al delfín con su extraña flauta y lo alimentaba pacientemente con galletas.

En ese momento parecía la mujer más feliz del mundo.

Jacobo Kramer se detuvo. Respiraba pesadamente. El interior de su traje estaba resbaladizo por el sudor. Se encontraba en mitad de la llanura de Elysium y unas titánicas moles se erguían imponentes frente a él, recortándose contra el cielo rosado como enormes colmillos geológicos de piedra rojiza.

Él había soñado esa imagen.

Una y otra vez.

Dos grandes pirámides, más bien tetraedros, frente a otras dos de menor tamaño, pero que parecían copias exactas de las primeras, alineadas en una rejilla.

Las mayores eran, cada una, diez veces más altas que la pirámide de Keops.

Jacobo caminó sobre el polvoriento suelo hasta la base de una de las pirámides mayores. Calculó que desde la cima podrían verse las dos pirámides menores más al sur. En todo caso, la gemela se distinguía bien incluso al nivel del suelo. Marte había sido profusamente cartografiado desde principios del siglo XXI, y sin embargo, de algún modo, aquellas pirámides habían permanecido ocultas. Sus lados estaban tan erosionados que desde el espacio parecían simples colinas. Pero la Gran Tormenta —como ya se la llamaba— había arrastrado gran parte de la corteza de polvo acumulado sobre ellas durante años, y su naturaleza artificial se había hecho evidente.

Un golpe de suerte para Jacobo, decían algunos. «Quizá», sonreía él.

El terreno había sido dividido con pivotes y cordeles en parcelas cuadradas, y estas a su vez subdivididas en cuadraditos menores. Apenas había espacio para caminar entre ellas. Los trabajadores estaban ataviados con trajes espaciales en lugar de las tradicionales chilabas, pero lo demás era curiosamente similar. Extraían paletadas de tierra que tamizaban en busca de cualquier objeto pequeño, mediante cribas superpuestas, de diferentes tamaños de malla, que oscilaban movidas por pequeños motores, lanzando nubes de finísimo polvo que el viento se llevaba. A Jacobo no le hubiera sorprendido ver aparecer a un arqueólogo rival con salacot y montando un camello.

«Incluso ahora, no parece un objeto artificial visto desde aquí», pensó Jacobo echando la cabeza hacia atrás. Eso fue lo que los engañó a todos. «A todos, menos a mí...»

Recordó la primera vez que había visto las pirámides de Gizeh, cuando apenas era un niño. De lejos no le parecieron gran cosa. No era para tanto, pensó, solo un montón de piedras. Pero mientras se acercaba empezó a decir: «vaya, no son tan pequeñas como parecen». Y cuando estuvo al fin junto a su base se quedó sin aire. Literalmente. «Esto no lo han hecho hombres como nosotros —se dijo entonces—, es imposible.»

Las enormes estructuras marcianas, vistas de cerca, eran mucho más impresionantes y desde luego no las habían construido los hombres. Si en el pasado hubiera habido faraones marcianos, pensó Jacobo, Moisés lo habría tenido crudo para escaparse y cruzar el Mar Rojo. Imagina ese poderío. Aquellos tetraedros de roca tenían más de ochocientos metros de arista, superando en mil veces el volumen de las tumbas de los faraones. Con sus dedos enguantados,

Jacobo siguió las grietas de la roca. Asombroso. Intentó rascarse la barbilla, pero su mano chocó con la placa facial del casco. No podía acostumbrarse a estar embutido dentro de aquella maldita armadura.

También embutidos en sus trajes de vacío, un equipo mixto de trabajadores de la COMM, estudiantes de la recién creada Universidad de Marte y novicios, se afanaban en retirar los derruidos bloques tetraédricos de piedra que obstruían el acceso subterráneo al interior de la mayor de las pirámides de Elysium. No era una tarea fácil; en aquel espacio restringido, donde no podían entrar las excavadoras, todo debía hacerse engorrosamente a mano, con engorrosos cables y poleas y polipastos que habrían hecho reír a Arquímedes, enfundados en no menos engorrosas escafandras. La mayor parte de ellos formaron una cadena humana que retiraba los cascos uno a uno y a mano.

Jacobo intentó imaginar la mentalidad de quienes levantaron aquella colosal obra. Caminar por las ruinosas calles de Ur, Bogaz Kieu o Ctesifón le hacían sentirse instintivamente un sumerio, un hitita o un persa de la dinastía sasánida. Como buen arqueólogo se jactaba de su intuición en ese aspecto. Pero aquí le fallaba. ¿Qué tenían que ver los habitantes de las arenas de Marte, hace quinientos millones de años, con los que hollaron las tierras de Mesopotamia, Anatolia o Irán hacía tres o cuatro mil años? ¡Prácticamente ayer! Y aquellos pueblos que inventaron la civilización eran humanos. Los marcianos podrían diferir de ellos tanto como un iguanodonte de una zanahoria.

—Padre Jacobo —llamó la voz de Stöur sonando en los altavoces de su casco.

—¿Hmmm?

—¿Para qué querrían un paso subterráneo? ¿No podrían haber entrado en la pirámide por la superficie?

Estaba pensando en lo mismo que él.

—Eso debería preguntárselo a un marciano —rezongó, pero la idea lo perturbaba—. Un paso subterráneo... ¿Para qué quiere alguien un camino subterráneo?

—¿Cómo?

—Nada, pensaba en voz alta.

Introdujo un pico en una grieta y tiró, ayudándose de su peso. La roca crujió.

¿Cómo interpretar el subconsciente de un Freud escamoso? Las cuevas y los subterráneos tienen un significado uterino... para los humanos, claro está. Generación y nacimiento, la tierra es la Madre Universal. Zeus nació en la cueva Dictea. Pero eso es porque somos vivíparos. El simbolismo de la cueva como útero, ¿lo presentaría también una hipotética cultura de reptiles inteligentes? Pero, un ovíparo, ¿acaso no tendería a pensar más bien en un huevo como símbolo de nacimiento?

En los mitos, los muertos moran bajo tierra. El héroe debe descender a las tinieblas ctónicas, vencer a la Muerte y regresar. Y la iniciación en un culto misterioso implica el renacimiento del

adepto. Los mitraístas celebraban sus ritos de iniciación en templos subterráneos... ¿Y qué indicaba eso?

«Nada —se encogió de hombros—, porque también para nosotros el huevo es un símbolo de renacimiento.» En primavera, los druidas buscaban el huevo mágico de color rojo, puesto por una serpiente. El huevo de Pascua es una costumbre celta adaptada al cristianismo, para celebrar la Resurrección del Señor... «Ahora, ¡basta de tonterías y a trabajar!» Espetó de un tirón, atacando la roca briosamente.

Pero la idea le seguía rondando. Cuando aquella noche cesaron en el trabajo y regresaron a sus alojamientos, el padre Jacobo tuvo un pensamiento inquietante:

«¿Por qué construir estructuras subterráneas?»

Puede ser por un motivo religioso o ritual, como había especulado.

«Pero también puede ser porque se tema a los bombardeos», se le ocurrió.

La excavación progresaba con lentitud. Por fin llegó parte del equipo que Jacobo llevaba meses solicitando. Cintas transportadoras para sacar los montones de escombros, gatos hidráulicos y perforadoras manuales que aumentaron el ritmo de trabajo.

—¡Padre Jacobo! —llamó una voz por radio.

—¿Sí, hijito?

—Hay un hueco. Hemos llegado al final del túnel.

—¡Voy corriendo! ¡¡Que no entre nadieee!!

Con el corazón batiéndole en el pecho y la respiración jadeante, empañando el casco con su aliento, se plantó ante la estrecha abertura, de un negro de tinta.

—Es pequeña —murmuró—. Amplíenla... No, mejor denme una perforadora.

Le pasaron el instrumento y, tras conectarlo, lo sostuvo con firmeza y empezó a repasar los bordes del agujero. El cabezal de diamante mordió la roca con un chirrido, haciendo saltar chispas que apenas iluminaban el espacio oscuro... Poco a poco fue ensanchando el orificio. Detuvo la máquina y miró a la oscuridad.

—Linterna. Rápido, vamos, vamos.

Una linterna pasó de mano en mano hasta la suya. Con dedos temblorosos, la encendió. El haz de luz apenas se extendía unos pocos metros. El techo y las paredes estaban demasiado distantes. Entró dentro de la cueva y caminó unos metros. El suelo estaba formado por los mismos bloques tetraédricos, de los que solo se veía la cara superior. Los triángulos que lo pavimentaban estaban tan bien unidos, que entre ellos no se podía deslizar la hoja de un

cuchillo. No había muebles, ni estatuas, ni objetos de culto. La cámara estaba decepcionantemente vacía.

No obstante, solo era una entre muchas. Las ecografías revelaban el interior de la pirámide como un queso Emmental de agujeros tetraédricos. No como las pirámides egipcias, que tan solo albergaban la minúscula cámara funeraria del faraón. No; los marcianos no habían levantado aquello con la mera intención de dar una fastuosa tumba a sus monarcas. ¿Para qué, entonces? Jacobo sospechó que aquello era una obra colectiva, de todo un pueblo, con un propósito que iba más allá de la jactancia de un rey. Aquellas pirámides tenían otra finalidad.

Se volvió hacia la entrada. La irregular abertura estaba ocupada por varias siluetas con escafandra, iluminadas desde atrás.

—Traigan algunos focos, esto es muy grande.

A pesar de que la pirámide aparecía hueca, al menos en el escaso radio de acción de su linterna, no se sentía decepcionado. No es mal resultado el descubrir una sala vacía que había sido cerrada cuando los trilobites eran la cima de la evolución.

Llevó un tiempo traer varios potentes reflectores y tender los cables de alimentación. Los hombres, excitados como el propio Jacobo, los dispusieron en semicírculo ante la entrada.

Los focos trazaron elipses de blancura sobre el muro opuesto. En aquella atmósfera limpia de polvo, sus trayectorias eran invisibles. Las paredes tenían un aspecto raro, brillando con irisaciones de varios colores, como una mancha de aceite o una burbuja de jabón. Los medidores láser calcularon que dentro de aquella gigantesca cámara tetraédrica cabría la pirámide de Keops entera, y aún sobraría espacio. El volumen total de la pirámide marciana era 800 veces mayor.

«Los marcianos parecen obsesionados por los tetraedros», meditó Jacobo. Bueno, ¿por qué no? Un vistazo a una ciudad terrestre mostraría que los humanos están obsesionados por los cuadrados, los rectángulos y los círculos. Ventanas y puertas rectangulares o cuadradas, ladrillos rectangulares. Claraboyas circulares, chimeneas de sección cuadrada o circular. Mesas con tableros circulares, cuadrados o rectangulares.

Pero había otro motivo, sin duda. El tetraedro era uno de los famosos sólidos pitagóricos. Apilados llenaban perfectamente el espacio, y su resistencia a la carga era muy superior a la de los bloques cúbicos de los faraones. Pero eran mucho más difíciles de tallar, claro. Se necesitaba una tecnología muy superior para hacerlo.

Y el interior de las pirámides representaba una imagen fractal muy conocida, llamada Triángulo de Sierpinski. Una figura geométrica que se obtenía conectando los puntos medios de los tres lados de un triángulo equilátero y seleccionando solo los tres subtriángulos que se formaban en las esquinas, y suprimiendo la parte central del triángulo. Repitiendo este proceso de construcción, quitando fragmentos cada vez más pequeños una y otra vez, se conseguía un dibujo muy parecido al de las cámaras interiores de las pirámides tetraédricas de Elysium, que se podrían subdividir hasta el infinito.

Se frotó las manos, satisfecho. Khorsabad, Troya, Pompeya, la tumba de Tutankamón, Chichén Itzá... todo en uno. Un verdadero tesoro.

—Padre Jacobo —llamó uno de los hombres que estaban al lado de los reflectores—, parece que hay algo brillante en el techo.

Jacobo miró hacia arriba, al punto donde se juntaban las tres caras triangulares. Estaba fuera del alcance de los focos y sin embargo percibió un atisbo de luz grisácea. Desde el suelo parecían cristales diminutos que brillaban como polvillo de azúcar.

«Extraño», se dijo. Estaba seguro de que la cámara se encontraba completamente a oscuras cuando entraron. Por supuesto, aquella luz no podía ser otra cosa que un reflejo de los focos que habían instalado. Pero ¿qué era?

—¡Padre Jacobo!!

El arqueólogo se volvió sorprendido.

—¿Quién habla?

—Yo, padre.

—¡No diga «yo», levante la mano, hombre!

Una figura del fondo, situada en una zona que estaba en sombras, hizo gestos con el brazo. Era uno de los estudiantes.

—¿Qué pasa? —le preguntó Jacobo.

—Por un momento... —dijo el estudiante—. Bueno, no estoy seguro... creí ver un movimiento... A alguien o algo moviéndose junto a la pared. Pero se ha esfumado.

—Vamos, muchacho, ¿me viene usted con fantasmas?

—Bueno... debí confundirme, pero...

—Estúpido niño...

—¡Padre Jacobo! —gritó otro de sus ayudantes.

—¿Y ahora qué pasa?

—¡Mire aquí, padre!

Jacobo corrió a donde le indicaban y... ¡sí, había algo! Si no se estaban volviendo todos locos.

Aquello parecía el fantasma de una criatura. No, dos criaturas, una junto a la otra. Toscas, de tamaño humano, no se apreciaban detalles, borrosas y extrañamente fragmentadas, como si estuvieran pixeladas.

Jacobo movió un brazo. Luego otro, y luego se puso a saltar y a hacer palmas en el aire, lo que con el traje espacial era un espectáculo surrealista. Los hombres que lo rodeaban lo miraron

expectantes pero no extrañados. Estaban acostumbrados a ese tipo de comportamiento extravagante en Jacobo Kramer.

El jesuita dejó de saltar y se volvió hacia los que estaban detrás.

—Rápido, traigan aquí dos de los focos. Tenemos que iluminar esta pared.

Mientras acercaban los focos, un gran fragmento de la pared destelló como si estuviera cubierto de escarcha. Pero la luz directa eclipsó el efecto.

—No, no, no —dijo Jacobo—. Menos potencia... Así. Mucho mejor.

Allí había algo que reflejaba como un espejo. Jacobo pasó la mano por la superficie de la pared. Había fragmentos de cristal insertados en la roca. Toda la pared estaba salpicada de ellos, diminutos prismas tetraédricos que parecían hechos de cuarzo o cristal de roca. «¡Fractales!» Y sin duda eso explicaba también el brillo del techo.

Pero la luz directa los opacaba. Era muy extraño.

Utilizó la lupa electrónica de la cámara de su casco para ampliar la imagen uno de ellos. No se trataba de simples fragmentos de cuarzo. Aquellos prismas estaban huecos y contenían un polvillo brillante.

—Por Dios Santo —murmuró asombrado—, ¿qué es esto?

4

2067 d. C.

Hassan Ibn al-Haytham estudiaba el tablero de Go cuando lo avisaron de que tenía una llamada desde su barco. Los espectadores, aradores como él o técnicos japoneses y chinos, se preguntaron qué pasaría.

—Lo sabía —gruñó—. Tenía que ser justo ahora.

Hassan había nacido en Córdoba cincuenta años antes, y su aspecto reflejaba una compleja mixtura racial. Sus ojos azules estaban rodeados de finas arrugas; el pelo, negro y ondulado, le empezaba a ralear por delante. Tenía la piel del rostro curtida por el sol y el aire libre, una larga cicatriz le recorría la mejilla derecha saltaba sobre su ojo y partía en dos la ceja de aquel lado. Se la había hecho un mafioso ruso con una botella rota, cerca del puerto de Arjanguelsk, cuando Hassan Ibn al-Haytham aún era joven. Habían pasado treinta años de aquello y cada mañana el andalusí dedicaba unos minutos a observar aquella marca y recordar lo cerca que había paseado del abismo... y enviar calurosos recuerdos a la santa e indudablemente sufrida madre de aquel cabrón.

—¿Algún problema en el pesquero? —se interesó su adversario, Sujumi, uno de los técnicos japoneses que trabajaban en la construcción de la isla.

—A algún idiota se le habrá caído el Casio al agua —gruñó Hassan—. ¡Y se supone que tengo día libre, kusunmak!

Se levantó y contestó a la llamada. Era el oficial de personal, Manuel García.

—Manolo, ¿qué pasa?

—Tenemos un problema, Hassan —dijo García con su típico acento norteño—. He mandado un helicóptero a por ti.

—Estoy en mi día libre, hombre. ¿Qué hay de Santos y Karl?

—En descompresión. Tuvimos un asunto con la hélice número tres y bajaron, pero ahora nos ha surgido otro problema y te necesitamos.

Hassan suspiró; mientras sus compañeros se hallaran encerrados en la cámara, la sección de Trabajos Submarinos había quedado reducida a exactamente una persona.

—Supongo que estas horas las cobraré a precio extra.

—Desde luego, desde luego. Pero urge que vengas, Hassan.

Hassan salió al exterior. La isla formaba parte del archipiélago que los chinos estaban construyendo frente a la costa chilena, una complicada estructura de alambre, sobre la que se depositaba por electrolisis el carbonato de calcio, hasta formar un verdadero arrecife artificial. En los confusos tiempos posteriores al Despertar Chino el centro económico del mundo se había trasladado al Pacífico, y había una enorme obsesión de ganarle tierra firme al océano. Las islas se diseñaban en diferentes formas y tamaños, según las especificaciones del cliente, tras un cuidadoso estudio de las olas y corrientes marinas. La Compañía Ping'an cubría los seguros en caso de destrucción por las tormentas o huracanes, pero tal cosa no había sucedido jamás; los mejores ingenieros japoneses trabajaban para la Zhongchuang Ltd. Y tenían una dilatada experiencia después de haber convertido su archipiélago-nación en una sola gran isla.

Pudo ver cómo crecía el futuro Centro Comercial: una complicada estructura de alambre sobre la que los aspersores rociaban agua marina, que se iba cubriendo de una gruesa costra blanca. El carbonato de calcio contenido en el agua se depositaba por electrólisis hasta formar un

verdadero arrecife artificial. La isla se entregaría con puertos, bahías, escolleras, rompeolas; incluso alcantarillado y emisarios submarinos. Y cuando se poblara, las casas también crecerían por el mismo procedimiento.

Se convertiría en un gran centro de acuicultura y pesca. El mar circundante era de color verdoso, rico en plancton. En él hormigueaban bandadas de peces, y en los acantilados de la isla —construidos ex profeso para ello— ya anidaban alcatraces, pelícanos y cormoranes, que revoloteaban y se lanzaban al agua, comiendo hasta hartarse.

Hassan aguardó en la playa la llegada del helicóptero. No tardó mucho; subió a bordo, y tras un corto vuelo de quince minutos, avistaron el enorme buque de la Corporación Pesquera. El sol convertía la cubierta en una plancha candente de quinientos metros de largo, interrumpida por las escotillas de las bodegas donde se almacenaban toneladas y toneladas de anchoas. Un carguero se encontraba abarloado a estribor, con la bandera azul y roja de la Corporación sombreada por las enormes velas controladas por ordenador; por medio de una ancha tubería se transfería a bordo parte de la captura del día. Una interminable cascada de pescado, con destino a millones de bocas hambrientas. Hassan subió al puente sin más retraso, y se dirigió a Martin Tsang.

—Buenos días, comandante. ¿Cuál es el problema?

—Hola, Hassan. Una rotura en la red.

—Las anchoas están forzudas hoy, ¿eh? Bien, vamos a ver.

Una gran pantalla mostraba las posiciones relativas del pesquero N-3245 y su flota de buques auxiliares: los cuatro pequeños buques de exploración, que seguían a los bancos de anchoas mediante sonar, mediciones de la abundancia del plancton y datos meteorológicos acerca de los vientos y corrientes marinas. Media docena de helicópteros AVIC-66 revoloteaban por la zona, colaborando con la búsqueda. Dos remolcadores mantenían extendida la colosal red en forma de embudo aplanado, que se extendía en un frente de un kilómetro. Cualquier cosa no menor que una anchoa era capturada y aspirada mediante un gran tubo, pero era dudoso que incluso un tiburón o delfín fueran capaces de romper las mallas. La pantalla mostraba asimismo el relieve submarino. El fondo era arenoso, casi plano: ni arrecifes, ni escollos.

—En una ocasión —comentó Xu Caihou, el primer oficial— estuve destinado en un pesquero que se cargó una estación submarina de cría. Pero no hay ninguna por esta zona. Y si la hubiera ni siquiera la rozaríamos. No somos un arrastrero.

—Hmmm... ya veo —musitó Hassan pensativo—. O no lo veo, pero no importa. ¿Es muy grande la rotura?

—Según los delfines, podrías pasar a través en coche.

—Ya. —Se frotó la barbilla—. Muy profundo, así que usaré el sub. ¿Podrías llevarme hasta allí en helicóptero?

—¿Bromeas? Están sobrecargados de trabajo.

—Como de todos modos hemos de parar la operación...

—¿Dejar de pescar? —El comandante Martín Tsang estaba casi horrorizado.

—No hay más remedio, comandante —contestó Hassan—. No podré reparar la red estando en tensión.

Los oficiales chinos del puente pusieron cara de estar tomando una píldora amarga. Pero todos sabían que Hassan tenía razón.

—Está bien —admitió el comandante—. ¿Cuánto tardarás en preparar el sub?

—Unos veinte o treinta minutos.

—Xu —dijo el capitán al primer oficial—, llama a los helicópteros dos y tres. Y que reduzcan las máquinas a un tercio; seguiremos pescando hasta el último minuto. Tenemos una cuota que cumplir, así que manos a la obra. ¿Necesitarás ayuda?

—Si, comandante. ¿Puedo llevarme a Manolo García como copiloto?

—Desde luego....

Una vez que Hassan y García hubieron planeado la operación, bajaron a cubierta. El calor los envolvió como una manta. Tomaron asiento en un jeep que los condujo hasta la cubierta de vuelo de popa. La calva de García relucía de sudor como cuero encerado. Se secó la frente.

—Un día de estos —dijo— voy a engancharme en un pesquero de krill en el Antártico.

Como en un portaaviones, el ascensor llevó a cubierta al pequeño submarino M-62R biplaza; mientras, las tripulaciones de los AVIC-66 tenían casi preparado el aparejo que lo elevaría. Subieron a bordo. García tomó asiento ante el sonar y se encargó de leer la lista de control que aparecía en la pantalla del ordenador, mientras el andalusí revisaba los sistemas.

—Baterías, carga máxima. Oxígeno, al cien por cien. Lastre en su sitio. Todo verde. ¿Hélice principal?

Hassan accionó una palanca. Se oyó un fuerte zumbido.

—Bien.

—¿Hélices de maniobra?

Las hélices zumbaron. Hassan hizo girar el mando general, y desde fuera les hicieron la señal de «correcto».

—Bien.

—Escotillas cerradas.

Hassan habló por el micro:

—Atención, puente, ¿se me oye?

—Cinco-cinco, Hassan —respondieron.

Hassan metió las manos en los controles de los waldos y movió los dedos. Dos pinzas de cangrejo se desplegaron con un zumbido, e hicieron varios movimientos.

—Todo perfecto. Váaaaamonos.

Las palas de los AVIC-66 empezaron a girar. Se elevaron y con una sacudida estaban en el aire. García observó por una de las portillas y tragó saliva. Tenía experiencia en mini-submarinos, pero no de volar en uno de ellos. Con rapidez los pusieron sobre el punto indicado. Los helicópteros descendieron hasta que el sub tocó las aguas.

—Aquí Hassan. Ya podéis soltarnos, chicos.

El sub se encontró libre en su elemento. Los dos acabaron la revisión (hidrófonos, sonar, etcétera) y por fin Hassan dijo: «Inmersión» y abrió las válvulas. El sub se sumergió hasta la torre, y ajustó las válvulas de los tanques de trimado para equilibrarlo. Cuando estuvo satisfecho, inclinó el timón de profundidad y puso el motor en marcha.

Entonces una conocida voz de mujer dijo:

—Hassan, van con vosotros dos delfines, por si necesitáis ayuda.

—¿Cuáles, Susana? ¿Hocico al Viento, Cola Moteada, Resaca Tardía?

Hassan siempre se había llevado bien con Susana, la etóloga encargada de entrenar a los delfines de mantenimiento, aunque era una chica extraña e introvertida.

—No, Salta Olas y Tik-Tik —dijo la voz femenina.

—Estupendo. —Le encantaba trabajar con delfines.

García vio dos flexibles torpedos grises deslizarse junto al sub. Eran los delfines que los escoltaban: Tormenta-sobre-el-Acantilado, y Cuchillo-Plateado-del-Mar-Encrespado, más conocidos por sus apodos de Salta Olas y Tik-Tik. Hassan sonrió y les hizo un gesto con la mano a través de la burbuja.

Se sumergieron, envueltos en la luz verdosa de las profundidades. La visibilidad no se extendía más allá de cuarenta metros, debido a la abundancia de plancton. De vez en cuando veían destellos plateados de peces. Hassan rezongó en voz baja.

—¿Pasa algo? —preguntó García, levantando la vista del tablero.

—Estamos sobre la corriente de agua cálida que sube del fondo. Era de esperar.

Hizo un nuevo ajuste en las válvulas. Bajo ellos, enterrada en el cieno, había una de las colosales rejillas metálicas que calentaban el agua del fondo, alimentadas por energía solar colectada en la superficie por centrales solares flotantes. Un sistema limpio y barato, no como los reactores nucleares submarinos usados en el mar del Norte.

El agua caliente ascendía desde el fondo, llevando consigo las sales minerales depositadas; aquello equivalía a arar el mar. Los fosfatos y nitratos fertilizaban el agua, permitiendo que el plancton multiplicara su masa por cien en una semana. Como «abonado» complementario, grandes emisarios submarinos llevaban aguas de desecho desde las ciudades de la costa. Las anchoas hacían los honores al banquete pantagruélico, reproduciéndose como moscas. Los pesqueros las capturaban en enormes cantidades y los buques factorías las convertían en harina, les añadían colorantes, saborizantes, espesantes y cosas por el estilo. Hacía mucho que los ecologistas habían desistido, el ecosistema se había ido al carajo, decenas de miles de especies animales se habían extinguido, los océanos de la Tierra se habían convertido en poco más que factorías para obtener las proteínas que era lo único que tenían para comer el ochenta por ciento de la población.

—Cien metros y en la posición indicada —anunció García—. No estamos lejos de la rotura.

Apenas llegaba ya luz solar. Hassan encendió los focos. Incluso así hubiera sido difícil hallar el desperfecto.

—Atención, Salta Olas, Tik-Tik, necesitamos orientación.

—Cerca, cerca. ¿Ves red? —La voz de Salta Olas sonaba neutra, tranquila. En realidad era una interpretación realizada por el dispositivo traductor situado en la boquilla de su aparato de respiración.

Hassan avanzó despacio. Al fin apareció la malla iluminada por los focos.

—Ya la veo. Pero no distingo el agujero.

—Síguenos. Nosotros oímos...

Los dos delfines adelantaron al sub, brillando bajo los potentes focos. García fue el primero en ver la rotura.

—Sí que es grande —susurró—. ¿Cómo se puede haber hecho?

Hassan se encogió de hombros. No le pagaban para preocuparse por eso.

—No importa. Nosotros a cerrarla y en paz.

Aproximó el sub lo más que pudo para tener la red al alcance de los waldos.

—De acuerdo —dijo—. Ordenador...

Una sensual voz femenina susurró desde el tablero.

—¿Qué ordena mi amo y señor?

—Hola guapa, ejecuta ANCLADIN.

Anclaje dinámico. El ordenador conocía su posición por la imagen de sonar del fondo, y los mantendría en ella controlando los motores de maniobra.

—¿Quién le programó al ordenador esa voz tan sugerente? —preguntó García.

—Idea mía. Conocí a una buzo tailandesa en el Índico que... ¿Te gusta?

García asintió y dijo entre risitas:

—¡Qué bien lo pasáis los de Trabajos Submarinos!

—Sí. Bueno, ahora me pondré a la faena. —Hassan se colocó un par de lentillas de imagen virtual, y conectó su antebrazo derecho con la interfaz del ordenador.

Efectuar un trabajo con los waldos era tan sencillo como enhebrar una aguja con guantes de boxeo. Silbaba entre dientes, absorto en el manejo de las pinzas mecánicas, mientras García miraba con curiosidad por las portillas. Aquel modelo estaba diseñado para búsqueda visual y tenía varias, a babor, estribor, arriba y abajo, entre sus pies. Los delfines revoloteaban en torno al sub, cargados con sus mochilas hidrodinámicas de mantenimiento, que les daban un extraño aspecto giboso.

De repente, algo vieron o detectaron con su sonar.

—Atención, atención... —dijo la voz del ordenador de Salta Olas.

—¿Uh?

—Viene. Extraño. Rompió red.

Hassan se quitó una de las lentillas conectadas al ordenador.

—¿Dónde?

—Abajo, abajo.

Miró hacia abajo. Y repentinamente se olvidó de los waldos.

En todos sus años de experiencia, Hassan se había encontrado con muchos animales marinos. Pero aquella criatura era algo que jamás había soñado ver. No tenía nada con qué compararlo que le diera su verdadera escala, pero calculó que debía superar los dos metros de diámetro. ¡Y se dirigía hacia ellos tan rápido como un torpedo!

García gritó y Hassan soltó un taco en árabe a la vez que tiraba de una palanca. El sub retrocedió, alejándose de la red. Y el estúpido ordenador lo acercó de nuevo.

—¡Ordenador... el programa, detenlo! —rugió.

—Perdona, mi amor y señor —dijo la voz irresistiblemente sensual—, en estos momentos estoy ejecutando varios programas. ¿Podrías ser más explícito?

—¡Jodido programa! —exclamó García—. ROMPE ANCLADIN.

Y el sub retrocedió como si le hubieran dado una cozo...

El corpachón de la bestia llenó su campo de visión. Tenía forma de icosaedro, con un largo tentáculo escamoso surgiendo del centro de cada una de sus caras. Hassan pudo apreciar multitud de animales, lapas y crustáceos pegados a ellas.

El andalusí maldecía a más y mejor. La criatura rozó contra uno de los waldos, casi arrancándolo. El sub fue zarandeado y escoró unos veinte grados. Desde el puente preguntaban qué diablos pasaba, aumentando la confusión.

Tik-Tik cruzó las aguas como una flecha y golpeó al monstruo con su hocico. Uno de los tentáculos de la criatura se disparó como un rayo hacia Salta Olas que intentaba atacarla desde atrás. El delfín giró como una peonza, tratando de evitarlo.

—¡Salta Olas, Tik-Tik... no os acerquéis, estúpidos! —gritó Hassan.

Decidió usar lo que jamás había utilizado en su carrera. Apretó el botón que soltaba el lastre. Con un suave repiqueteo, una tonelada de perdigones de hierro comenzó a caer como lluvia por dos aberturas del casco, hundiéndose en el mar. El minisubmarino ganó flotación positiva y empezó a subir.

—Tranquilo, Manolo, vamos a la superficie —dijo Hassan, esforzándose en que su voz sonara calmada.

García respiró hondo. El ascenso no debió de durar más de diez minutos, aunque a Hassan le pareció interminable. Escrutaba constantemente a través de las burbujas, pero la criatura no parecía seguirlos. La luz azul verdosa se fue haciendo más y más clara...

De repente irrumpieron en la superficie con un gran chapoteo, volviendo a caer. El sub lanzó un largo crujido metálico. Cuando se estabilizó, se hallaba sumergido hasta la mitad. No pudo distinguir al monstruo a través de la portilla.

—No nos ha seguido.

—¿Estás... estás seguro?

Los dos delfines emergieron sanos y salvos junto al sub, y García se relajó con alivio en su asiento. Hassan trataba de contestar a las frenéticas preguntas que le hacían desde el puente. Cuando logró medio explicar el caso, le dijeron que esperase a un remolcador. Sospechó que traerían una camisa de fuerza.

—¡Hijo de puta! —dijo García—. ¿Hemos visto lo que hemos visto?

—No puedo creerlo, pero... sí. ¡Salta Olas, Tik-Tik...!

—Aquí... Aquí...

—¿Tenéis idea de qué es lo que hemos encontrado ahí abajo?

—Monstruo —dijo Tik-Tik con su voz sintetizada.

El ultraligero zumbaba a baja altura, sobre la pista de suelo batido cuyas señalizaciones parecían deshilachados espantapájaros. El piloto, un barbudo monje franciscano, puso proa al viento y redujo gas gradualmente. El liviano aparato descendió, tocó tierra, se alzó medio metro y volvió a tocar tierra, bamboleándose sobre su tren de aterrizaje triciclo debido al terreno mal nivelado. Finalmente rodó con lentitud hacia un granero que hacía las veces de hangar, y se detuvo.

El franciscano cortó el encendido y bajó con torpeza del aparato. Estaba demasiado gordo para aquel avioncito tan estrecho, pero se las arreglaba lo mejor que podía. Se pasó la mano por la frente limpiándose el sudor, y despegó su suéter marrón de lana de su espalda. Hacía un calor endiablado en aquel sitio, el lecho seco del mar de Aral, en el centro de la meseta de Ustyurt. Aquel había sido el escenario de la sangrienta guerra entre Uzbekistán y Kazajistán. Las nucleotácticas habían alterado el clima de aquella región, secando el pequeño mar interior y condenando a la muerte por hambre al noventa por ciento de sus primitivos ocupantes.

El suelo parecía formado por trozos de vidrio triturado. Granos de sal que se introducían en sus sandalias volviendo penoso el caminar. Cinco hombres esperaban sentados a la sombra del edificio. Corrieron a su encuentro y se inclinaron con respeto.

—Bienvenido, Reverendo Padre —dijo el de más edad, que le recordó por su aspecto a la famosa estatuilla egipcia llamada Cheik-el-Beled (El alcalde del pueblo).

El franciscano observó al resto. Eran individuos musculosos, de piel curtida y renegrida por la vida al aire libre y el trabajo duro. Vestían saharianas y pantalones cortos de tela recia, muy gastados y remendados. Se cubrían con anchos sombreros; ropas baratas y prácticas, enviadas desde Europa por la Verwaltungsstab.

—Llamadme solo hermano. Soy un monje, no un sacerdote. Hermano Rafael Tresera. —Señaló su escapulario, donde aparecía su foto bajo una cruz, y más abajo: «Tresera; O.F.M.», en caracteres latinos y cirílicos.

Les sonrió para suavizar la sequedad de sus palabras, y tendió la mano al hombre mayor que le había saludado. El hombre dudó, y por un momento el franciscano temió que se la besaría. Pero se limitó a cogerla sin apretar, como si fuera quebradiza.

—¿Podéis conducirme hasta lo que habéis hallado? —Fray Rafael contuvo el deseo de levantar un pie del suelo ardiente.

—Desde luego, rev... hermano Rafael. No está muy lejos... hacia allí. —Señaló hacia el sureste con un dedo de uña enlutada.

El franciscano caminó pesadamente tras los colonos. Además de la gruesa y cortante sal, el suelo se hallaba sembrado de guijarros y grava, con aristas no menos cortantes. Fue conducido hasta la parte trasera del hangar, donde los esperaba una vieja furgoneta de fabricación japonesa.

«Egipcios», pensó. Descendientes de los cristianos coptos expulsados por el Quinto Jihad. Ahora, emigrantes forzosos en esta región dejada de la mano de Dios. El problema era que la Verwaltungstab no podía dejar aquel pasillo de acceso a Europa despoblado. Aquellos hombres trabajaban duramente intentando recuperar la habitabilidad del lugar, pero a la vista de los resultados, fray Rafael opinaba que aquel trabajo podía ser más duro que la terraformación de Marte. Él era biólogo, y trabajaba también en aquel proyecto, desde el instituto de Nueva Buhara; la única cosa que merecía el nombre de ciudad en aquel olvidado rincón del mundo.

—Esas sandalias no son adecuadas para caminar por el desierto, hermano —dijo el que fray Rafael había bautizado in pectore como El alcalde del pueblo—. Vais a lastimaros los pies.

Se sentó en una piedra y empezó a quitarse las botas de lona verde y suela de goma.

—¿Qué haces?

—Con mis botas caminaréis mejor.

—¿Y tú irás descalzo?

El alcalde del pueblo le mostró la planta del pie, encallecida como el cuero. El hermano Rafael dudó un momento, pero la idea de meter sus pies en aquellas botas sudadas y malolientes le hizo sentirse ascético.

—Gracias por tu caridad, hermano, pero deja tus botas donde están y démonos prisa. Aguantaré hasta volver a la Misión.

La furgoneta era probablemente el único vehículo a motor de todo el pueblo. El olfato indicaba que su uso habitual era el transporte de estiércol. Fray Rafael y El alcalde del pueblo subieron a la cabina, este último al volante, mientras los restantes colonos se acomodaban en el suelo. El motor de arranque giró un par de veces y el vehículo se puso en marcha, arrojando una invisible nube de gas. «Metanol», adivinó el franciscano.

—Por cierto, hermano —dijo El alcalde del pueblo—, me llamo Abdul Kasim, y soy el alcalde del pueblo.

El hermano Rafael pestañeó, sorprendido al oír sus pensamientos en voz alta.

—Me alegra mucho conocerte, amigo Abdul. Pero... ¿adónde vamos?

—No muy lejos, hermano, solo un par de kilómetros. Llegaremos pronto. Mirad, ese es nuestro pueblo: Alto-Amu.

Alto-Amu era un grupo de chozas destartaladas, desdibujadas por la distancia y las capas de aire caliente, de las que sobresalía el campanario y la torre distribuidora de agua. No lejos del poblado se veían los huertos, protegidos por invernaderos de plástico, mil veces remendados y parcheados. Cultivos hidropónicos, por supuesto.

La furgoneta se introdujo por un estrecho valle, que el franciscano reconoció como el cauce seco del río Amu.

—¿Qué tal os va la vida aquí? —preguntó.

—Oh, pues... vamos tirando —dijo con timidez el alcalde Kasim.

Fray Rafael se secó el sudor de la frente.

—¿Tenéis bastante agua?

—La suficiente y nada más. Hay un manto acuífero bajo tierra, pero está muy profundo. La mayor parte de nuestra agua viene de las montañas.

El monje se abanicó con la mano, deseando vestir ropas más holgadas. Su suéter de lana con capucha y sus pantalones, ambos del color marrón de los franciscanos, se le pegaban al cuerpo por el sudor y le picaban. Abrió la ventanilla, para aprovechar la corriente de aire producida por la marcha, pero aquello no mejoraba las cosas. Observó a los colonos, mal vestidos y mal calzados, pero no parecían pasar hambre. Tenían una esperanza para el futuro... partiéndose la espalda en el intento, eso sí.

La furgoneta se detuvo.

—Ya hemos llegado, hermano Rafael —anunció el alcalde.

Frente a ellos se elevaba un escarpado montículo de cascotes. Un cráter de impacto. La cicatriz había revelado accidentalmente algunas características del subsuelo; rocas de tipo ígneo, negras como el carbón o grises, salpicadas de cristales de olivino, color verde botella, o plateadas chispitas de mica.

—Lo vimos caer hace dos jornadas. Fue como la lanza de Dios clavándose en mitad del desierto —dijo Kasim, y el fraile se sorprendió ante tan literaria expresión.

Treparon por las laderas del montículo, cubiertas de escorias y costras de lava negra. Los pies del hermano Rafael se asentaban de modo inseguro. Cuando alcanzaron la cima, jadeaba sin resuello. El cráter tendría unos cincuenta metros de diámetro. Calculó que el objeto que lo produjo no podía ser mayor que un balón de fútbol.

Todo su interior estaba tapizado por una intrincada formación que parecía vegetal. Nacía del centro geométrico del cráter y extendía sus raíces como tentáculos por toda la cara interior. El tronco —si se le podía llamar así— estaba recubierto por un caparazón de color granate, con forma de icosaedro, y de sus caras surgían los manojos de raíces que tenían un color

verdinegro, y el grosor de la muñeca de un hombre. Sobre ellas crecían miles de flores, parecidas a girasoles de color rojo. Todas las corolas parecían apuntar hacia un mismo punto del cielo.

—¿Dices que el meteorito cayó hace solo un par de días?

—Así es, hermano... ¿por qué?

—Estoy seguro de que todo eso no ha podido crecer en un par de días.

—Pero, yo os doy mi palabra...

El franciscano alzó una mano para tranquilizar a Kasim.

—Te creo, te creo. Solo digo que es... asombroso.

—Nunca habíamos visto algo así por aquí.

—Estoy seguro de que yo tampoco he visto nada parecido.

—Vino del cielo —dijo Kasim con un susurro temeroso.

Fray Rafael se agachó y tomó unas muestras que guardó en un tubito de cristal.

—Bueno, eso no parece probable, pero lo sabremos cuando analice su ADN.